

LA TARDE

DIARIO INDEPENDIENTE DE NOTICIAS Y AVISOS

Apartado n.º 13

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle del Conquistador 58-1*

Imprenta, Soledad, 27

NUM. 2049 - AÑO VII

Esta edición ha sido confeccionada antes de las doce de la noche.

CUENTO

LA REJA

Sor Casilda alzó el pálido rostro, que sonrosaba una emoción repentina, y contestó á la portera.

—Voy, voy ahora mismo.

La llamaban á la reja; estaba allí su primo Luis—casí su hermano—que deseaba verla; era el generoso bienhechor del convento, el que no hacía dos meses había contribuido espléndidamente para reparar lo torre de la iglesia, que amenazaba ruina y las contadas veces que venía á hablar con Sor Casilda, se le permitía que conversase sin tasa de tiempo ni vigilancia de oido.

El esperaba ya en el locutorio, salita limpia, esterada, enjalbegada, amueblada con un banco de madera, sillas paña y fraileños.

Era allí casi tan tangible el silencio, el recogimiento casi palpable; la celosía amortiguaba la luz solar; ningún ruido venía de la desierta calle toledana los cuadros oscuros, bifumosos, de negro marco, aumentaban la impresión de melancolía como de indiferencia hacia la vida que infundía aquel lugar.

Luis desplomado en uno de los amplios sillones de baqueta, puestos los codos en los descansaderos, dejaba colgar un brazo, y en la palma de la mano del otro reclinaba la frente.

En esta misma actitud de cansera, dolorosa estaba cuando, á paso quedo, la monja avanzó y al detenerse pronunció ¡pest! snaive.

—¿Qué es eso, primo? ¿estás malo?—articuló Sor Casilda.

Luis había vuelto el resto en dirección de la reja, y la monja le consideraba con susto; tal le hallaba de desencajado, los ojos asombrados y fijos, la boca contraída, negros y ressecos de calentura los labios, el aliento que de ellos salía impuro y fétido como la exhalación que se levanta de revuelto pantano, en horas de tormenta.

—Mal, no,—respondió Luis.—No tengo nada de lo que se dice enfermedad.

Lo que tengo es pena... ¡oyes? pena horrible... Estoy en una de esas horas que hay... horas nográs... y vengo á que alguien me muestre un poco de cariño, porque me hace mucha falta...!

La monja se estremeció.

Escuchaba con sencillo agrado la voz de Luis cuando hablaba de cosas idénticas; pero poco á poco que el sentimiento la timbrase, recordaba con punzante intensidad que era la misma voz, la única que había derramado en su oido inolvidables conceptos.

Por rápido yoso que hubiese sido el noviazgo; por pronto que se hubiese convertido en fraternidad, Sor Casilda guardaba allá dentro, invisible una herida, herida dulce, cruel, sin cesar ofrecida á Dios, solo por él curada, ce rrada nunca.

Para que la herida no la doliese tanto, Casilda había buscado en el convento ese bálsamo pasado de moda eternamente eficaz, del aislamiento, de la muerte parcial, del renunciar y del obedecer.

No fué misticismo; fué más bien una especie de filosofía humana, instintiva, la que aconsejó á la niña que ocultase sus formas en el hábito de ruda esta mella y cubriese su cabeza con la toca.

Como tantas almas enfermas y ex hastas buscó el reposo, única dicha de los que irremisiblemente pierden las esperanzas terrenas.

Casi se hubiese sentido feliz en el convento si ignorara la situación de Luis, su historia privada.

Pero la conocía. ¿Cómo? ¿Por referencias de quien? Ahí está lo que no acertaría explicar de un modo concreto; pero sabía, sabía: todo había llegado hasta ella como llega penetrante olor de flores malditas salvando rejas y muros.

Las reclutas están más al corriente de lo que se cree de cuanto en el mundo ocurre, no por relatos circunstanciados, sino por indicaciones expresivas.

Un movimiento de cejas, un entorcer de ojos; se interpretan en el clauso; la imaginación de la encerrada hace lo demás.

Los gestos y las medias palabras referentes á Luis se traducían para Sor Casilda de esta suerte:—En pecado. Por consecuencia, en mas tribulación y tormento que alegría. Y rezaba, rezaba, con un ímpetu de esos que llegan al «más allá» misterioso.

¡Que Luis, algún día, se arrepintiese y se salrase!—aunque á ella la fueran cerradas las puertas divinas, tras tales cuales no hay mentiras, ni tristes, ni miserias, ni culpas.

Y ahora que le vaía indudablemente en el primer peldaño de la escala del arrepentimiento, bajo la impresión de una catástrofe moral de las que en un instante inmutan la conciencia, Sor Casilda, en vez de complacencia, sentía una propiedad infinita, inmensa, arrasadora, que derretía su corazón y conmovía sus entrañas; algo muy trágico, muy hermoso y muy fuerte, que la arrebataba y la trastornaba, haciendo olvidar en un minuto los propósitos y las aspiraciones de tantos años...

Con la violencia del impulso de empujar, los hierros de la reja se incrustaban en su cuerpo enflaquecido y lastimaban sus afiladas y descoloridas manos, que pugnaban por alcanzar, al través de ellos, á Luis, el cual ahora sollozaba muy bajo, quejándose como se quejan los niños cuando están enfermos y no saben explicar su mal á las madres. La monja repetía suplicante:

—Pero cuéntame... Pero dí, Luis, dí por Dios... Desahoga, desahoga...

—¡No puedo!—gimió él, abrumado por lo inútil, por lo estéril de su agonía.—Casilda, no puedo. Tengo gres, una argolla de garrote, en la garganta y noto vértigo en la cabeza; ¡esa ceja baila...! Tú también! Es raro; verdad? que un hombre, un hombre que no es un necio ni un cobarde, se ponga así por... por una... ¡por una maldad de mujer.

Mira, estoy loco, Casilda; si digo algo, dispare, perdónamelo. ¡Dichosa tú, que has logrado vivir lejos de estos combates! ¡Si supiese cuánto se sufre! No; ni lo sospechas. Reza, por mí... para que me muera pronto, ¿entiendes, hija mia? No vayas ha equivocar la oración y solicites largos plazos de infierno... ¡Casilda, Casilda! Tu me has querido bien. ¡Compadécete de mí! ¡Que alguien me compadecida!

Ahora sí que la reja bailaba—mejor dicho, trepidaba como si fuese á desprenderte del ruda marco de piedra donde sólidamente la fijaban empalmadoras enormes.

La monja, rabiosamente, con el peso de su débil cuerpo y el escaso vigor de sus brazos de anémica y sedentaria pretendía arrancar el primer enredado...

Luis vió el sublime e insensato movimiento y lo agradeció con una mira de más dolorosa que las palabras. Sor Casilda redobló sus esfuerzos.

Jadeaba, resollaba hondo y congojoso como el leñador cuando descarga el hacha; se estropeaba los dedos, se deshacía las muñecas, y repetía en su afán:

—¡Luis! ¡Luis! ayúdame... Quiero salir. Ayúdame, rompámolas...

Luis se encogió de hombros.

Aquella locura de su pobre prima le traía á él, por contraste y comparación, á la realidad.

¡Romper una reja así! Y cuando por caso imposible la rompiera, ¿no era doble la reja? ¿No tendrían que arrancar la segunda erizada de picos de hierro?

Aquella reja era el propio destino de la monja; y el suyo, el de Luis, aquel dolor desamparado e inearable, que arrastraría siempre con algo.

Se levantó, y acercando el lívido rostro a un claro de la reja, murmuró:

—Casilda... déjale... No puedes, Casilda.

No podemos. Y si pudiésemos... ¿para qué?

La condesa de Pardo Bazán

¿El naufragio del «Ballester»?

Ayer por la mañana nos personamos en el taller que el Sr. Ballester posee en el muelle.

El Sr. Ballester nos comunicó que un bote del «Ballester» tripulado por los marineros Abraham, Sastre y Sbert, fué á la costa al objeto de pedir auxilio y que á la vuelta observaron que el «Ballester» estaba ya más de tres millas lejos de la costa y que

andaba á gran velocidad, por lo que fué imposible el auxiliarle.

Ayer D. Rafael Juan recibió un despacho, en el que se comunicaba que se habían salvado los marineros que fueron en el bote para pedir auxilio y que creían estos que el temporal habrá llevado al buque á la costa de África si en el camino no ha encontrado algún buque que la prestar auxilios.

Creo dicho señor que lo más probable es que el temporal haya llevado al «Ballester» á la costa del África y que allí habrá anclado, dada la pericia del capitán del buque, confía que la tripulación se habrá salvado.

Ayer el Comandante de Marina señor Lesenne, telegrafió al Comandante de Marina de Canarias para que le comunicara todos los detalles posibles del naufragio y las noticias que se vayan recibiendo.

A la hora de cerrar esta edición no se había recibido noticia alguna del paradero del buque.

Son completamente falsos los rumores de que el «Ballester» haya naufragado y la tripulación se haya ahogado.

Declaraciones del general Weyler

La Almudaina de ayer publicó ciertas declaraciones puestas en boca del general Weyler.

Nosotros, con objeto de informar debidamente á los lectores de LA TARDE acerca de lo que pudiera haber de cierto en las manifestaciones que se atribuyen al ilustre Marqués de Tenerife, nos trasladamos ayer tarde á Son Roca donde el General veranea.

El general Weyler nos recibió con exquisita cortesía, y al manifestarle cuales eran nuestros deseos, el ex ministro de la Guerra se expresó en los siguientes términos:

—No he autorizado á nadie para publicar las manifestaciones que me atribuye un periódico de la localidad.

—A su autor le dejó toda la responsabilidad que en las mismas pudiera haber, pues ellas son tan equivocadas como las que publicó en otra ocasión,

El general Weyler se propone salir uno de los días de la semana próxima para Madrid donde permanecerá breves días regresando luego á Palma hasta los últimos días de Septiembre.

Satisfechísimos salimos de la estancia del General por las atenciones que de él recibimos.

LOS MAESTROS DE BALEARES

Y LOS SUCEOS DE BARCELONA

Los Maestros de Baleares

Y los sucesos de Barcelona

